



LUMINA

Lugares de memoria de la intolerancia en Aragón

Pensar el pasado intolerante resulta incómodo y no suele ser una prioridad dentro de las políticas públicas. Además, cuando este pasado es evocado, no sirve para promover la reparación ni para superar las diferencias y elaborar una memoria pública que integre a las distintas confesiones en pie de igualdad. Es más, con frecuencia, algunos sectores de la población aprovechan este pasado violento para tratar de reavivar conflictos y alimentar nuevos discursos de odio religioso, presentando al otro como fanático, violento o peligroso para la comunidad nacional.

Sin embargo, reflexionar sobre esta intolerancia también puede ser una oportunidad para subrayar la importancia

de crear un marco de respeto y diálogo que permita la coexistencia pacífica entre diversas religiones y culturas. Como señala la Declaración de principios sobre la tolerancia de la UNESCO, "la tolerancia es una actitud activa de reconocimiento de los derechos humanos universales y las libertades fundamentales de los demás".

Esta exposición propone un recorrido por las páginas más oscuras de la historia de Aragón, por aquellos momentos en los que las creencias religiosas alimentaron el fuego de la intolerancia y sirvieron para justificar la violencia en cualquiera de sus formas contra el "otro". Con este proyecto no se busca ni relativizar ni equiparar las distintas víctimas

de la violencia religiosa, sino advertir de los peligros de la retórica de los discursos de odio, así como mostrar la similitud de los argumentos utilizados para legitimar la exclusión y la violencia. Con ello, buscamos desterrar lugares comunes y visiones esencialistas para mostrar que las religiones no son esencialmente ni tolerantes ni intolerantes, sino que son las gentes que las encarnan las que las pueden convertir en instrumento de odio o de convivencia.

Wilhelm von Kaulbach, Pedro Arbues condena a una familia hereje a la hoguera, 1870

Conmemorar la intolerancia

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, los diferentes estados europeos celebraron aquellos acontecimientos pasados considerados clave en la forja de su identidad nacional. En esta lectura épica no había lugar para aquel pasado incómodo y cuando este se recordaba no era para condenar la intolerancia, sino para describir al otro como intolerante y, por tanto, incompatible con la comunidad nacional.

La mayor parte de los monumentos que recordaban la intolerancia fueron erigidos en momentos de tensión producidos por la aprobación de medidas de libertad religiosa. Así, tras la emancipación de católicos de 1829 se construyó el *Martyrs' Memorial* de Oxford recordando la intolerancia católica que había llevado a la hoguera a tres prelados anglicanos. En la Francia de la Tercera República marcada por las tensiones entre clericales y anticlericales a cuenta de las medidas laicistas también se levantaron monumentos a víctimas de la intolerancia como las estatuas dedicadas a tres personas quemadas vivas por sus creencias religiosas: Miguel Servet (1509-1553), Etienne Dolet (1509-1546) y al caballero de La Barre (1745-1766). Sus estatuas fueron fundidas durante la ocupación nazi para alimentar la industria militar de la Segunda Guerra Mundial. En Annemasse, en el lugar que ocupaba la estatua de Servet colocarían más tarde una placa "A Miguel Servet, primera víctima del fascismo".



Placa en honor de las víctimas de la masacre de San Bartolomé, París

-Pintura histórica

Con frecuencia, la pintura del siglo XIX volvió sobre estos episodios traumáticos del pasado, así vemos sobre el lienzo dibujarse juicios, matanza y expulsiones forzadas.



Édouard Debat-Ponsan, *Un matin devant la porte du Louvre*, 1880, Clermont-Ferrand, Musée d'art Roger-Quilliot



Estatua de Etienne Dolet en París

¿Cómo recordamos la intolerancia religiosa?

-Monumentos y placas

En reparación de las víctimas se han elevado esculturas y conjuntos monumentales. Sin embargo, con frecuencia, se ha buscado algo discreto como la semiesfera que recuerda a los millares de judíos muertos en Lisboa en 1506 o la placa dedicada a los 4.000 protestantes muertos durante la matanza de San Bartolomé en el Pont Neuf de París.

El artista alemán Gunter Demnig ha explorado esta forma más modesta de reparación con sus *stolpersteine* (piedras de tropiezo), pequeños adoquines plateados que recuerdan donde vivieron o trabajaron las víctimas del nazismo. El recuerdo surge de manera accidental, como un tropiezo, al pasear por la ciudad y conecta nuestro paisaje cotidiano con aquel de las víctimas del nazismo.



Stolperstein de Andrés Velasco Moreno, foto de MiguelAlanCS, Wikipedia



Monumento al caballero de La Barre, París, Bibliothèque Historique de la Ville de Paris

-Ensayo

Las obras que denunciaban la intolerancia también contribuyeron a fijar la memoria de las víctimas. Así ocurrió por ejemplo con el alegato a favor de la libertad de conciencia: *De haereticis an sint persequendi* (1554) que el teólogo Sebastián Castellio escribió tras la ejecución de Servet o el célebre *Tratado sobre la tolerancia* (1763) de Voltaire para denunciar el injusto proceso que había sufrido Jean Calas.



Monumento a los judíos masacrados en Lisboa en 1506



Eugenio Lucas Velázquez, *Condenados por la Inquisición* (1860), Museo Nacional del Prado



Cristiano Banti, *Galileo ante la Inquisición romana* (1857)



Martyrs' Memorial, Oxford, fotografía de Mike Peel

Gabriel Puig Roda, *L'expulsió dels moriscos* (1894), Museu de Belles Arts de Castelló

Coordinación: Francisco Javier Ramón Solans (Universidad de Zaragoza)
Documentación e imágenes: Carlos Laliena Corbera (Universidad de Zaragoza)
Francisco Javier Ramón Solans (Universidad de Zaragoza)
Textos: Carlos Laliena Corbera (Paneles 3, 4, 5), Juan Postigo Vidal (Paneles 6, 7, 8) y Francisco Javier Ramón Solans (Paneles 1, 2, 9, 10, 11, 12)